

trimonio el pecado contra la castidad consistía únicamente en el adulterio y en el onanismo. Sin caer en las rigideces de la moral sexual de la Edad Media hay que llamar la atención sobre la sensualidad difusa en el ambiente, que ha penetrado la vida matrimonial. Aunque no se eviten los hijos, ni se cometa adulterio, si en las relaciones íntimas no existe la virtud cardinal de la templanza —castidad conyugal—, pronto o tarde surgen problemas graves. La encíclica "Humanae Vitae" ha vuelto a poner sobre el tapete la cuestión del dominio de sí mismo al rechazar las soluciones fáciles de las técnicas anticonceptivas.

J. LÓPEZ NAVARRO

J. A. JUNGSMANN, *El servicio de la Palabra*, Edic. Sígueme, Salamanca, 1969. 139 páginas.

El índice de este libro de Jungsmann nos evoca inmediatamente algo conocido". ¡Este libro lo hemos leído ya! Vamos al estante, para extraer un libro de 1960: "Las leyes de la liturgia", editado por Dinor. Y efectivamente, aquí está lo que buscábamos. Este librito, recién editado por "Sígueme" es casi la reedición de aquél. Ha cambiado el título. Pero también lo ha hecho la edición alemana, la cuarta. Porque esta obra remonta a 1939. Después han sucedido muchas cosas, entre otras el Concilio Vaticano II. Y aparte de un nuevo capítulo, el último, el autor ha ido incorporando a los ya existentes las conclusiones conciliares.

Pero ya es mérito que una obra como ésta pueda reeditarse a los treinta años, y pueda permanecer sustancialmente intacta, y tan vigorosamente fresca. Hay mentalidades que han tenido que rehacerse a toda prisa con motivo del Concilio. La de Jungsmann, a pesar de los muchos años de este ilustre jesuita, se ha limitado a contemplar con mucha serenidad, que sus ideas básicas iban cuajando en una Constitución conciliar.

El primer capítulo —"Esencia de la liturgia"— ha incorporado las últimas preocupaciones teológicas sobre el concepto de liturgia, y las aportaciones del Concilio. Pero es sobre todo un acto de fe en la permanencia vital de la liturgia, en su constante capacidad de renovación y al mismo tiempo de fidelidad a sus constantes básicas. El segundo —"Los actores de la liturgia"—, desarrolla particularmente el papel del pueblo cristiano en la acción litúrgica. "En el pensamiento bíblico la dignidad sacerdotal corresponde en primer lugar y exclusivamente a Cristo Nuestro Señor, a Cristo en persona. En segundo lugar se atribuye al Cristo *total*, a la totalidad de los que forman su Cuerpo místico y participan de su vida y de su sacerdocio" (p. 38 s.). También hay un sacerdocio ministerial, pero al servicio o como instrumento de la acción de Cristo y de la del pueblo cristiano. Por eso se realiza un gran trabajo pastoral "al despertar en los fieles la conciencia del lugar a que... son llamados en el servicio divino de la Iglesia, y al explicarles su dignidad sacerdotal" (p. 43). En el capítulo titulado "Dos tensiones" analiza las relaciones de la liturgia con la belleza y con la vida popular.

Son dos problemas siempre vivos. La resistencia a la introducción de la lengua del pueblo, por ejemplo, ha tenido su más fuerte baluarte en grupos de músicos; querían defender el gregoriano, que está en latín. Y por el lado contrario vemos hoy intentos, al margen de la legislación, para hacer una liturgia "más viva", es decir más popular. La liturgia debe ser bella, concluirá Jungmann; pero no es lo mismo belleza que suntuosidad. Y en cuanto a sus relaciones con el pueblo, la liturgia deberá conservar siempre sus leyes esenciales. La búsqueda de las estructuras esenciales de la liturgia constituye precisamente el tema de los cinco siguientes capítulos. El cuarto se titula: "El esquema fundamental de la liturgia" que se apoya en los siguientes elementos: lectura-canto-oración del pueblo-oración del sacerdote. El punto culminante es la oración, pero no se puede entrar en ella sin preparación; es preciso, además, que Dios nos llame antes con su Palabra para que podamos responderle. Este plan no es fortuito, "sino que responde de lleno a la esencia del orden cristiano de la salvación" (p. 74). En el capítulo sobre la lectura señala el autor la mayor importancia que ésta tuvo en la antigüedad cristiana, y la feliz insistencia del Vaticano II en una mayor abundancia de textos de la S. Escritura en las celebraciones litúrgicas, así como la recomendación que ha hecho de actos propios del servicio de la palabra divina. En el capítulo sobre el canto subraya la preeminencia del salmo responsorial con el canto de un estribillo por el pueblo. En un breve pero sustancial recorrido por la historia del canto litúrgico nos hace ver la tendencia a la profanización que se da en la música de Iglesia, y la consiguiente tensión. El capítulo séptimo analiza las características de la oración del pueblo, menos rígida en su formulación que la oración sacerdotal. La oración del sacerdote, la colecta, cierra el movimiento iniciado por la lectura, y es objeto de estudio en el capítulo octavo. La oración se pronuncia en voz alta, va dirigida a Dios en nombre de la comunidad, que la aprueba con su *Amen*, y tiene un estilo de prosa solemne con una forma rítmica caracterizada por la armonía de las cadencias finales. En el plano del contenido, la oración sacerdotal se caracteriza por la ausencia de emotividad en beneficio de una mayor racionalidad, su referencia a lo esencial del dogma sin perderse en detalles, y una solemne conclusión que manifiesta la trayectoria que debe seguir toda vida cristiana: la de ir al Padre por medio de Jesucristo, único Mediador. El último capítulo redactado después del Concilio refleja la preocupación del autor por las funciones vespertinas. Estas funciones deben tener un amplio margen de libertad en su realización, pero al mismo tiempo con un respeto básico al esquema lectura-canto-oración, que permite muchas modalidades.

El traductor de esta obra es Juan José de Bergareche. Sorprende que haya muchísimos párrafos que coinciden literalmente con la versión que Julio Beloso hizo para la edición de "Dinor" a que antes nos hemos referido. Hay otros párrafos en que la traducción varía, y ciertamente mejorando la anterior versión.

No podemos menos de alegrarnos de esta versión remozada y actualizada —y pulcramente editada por "Sigueme"— de este librito de Jungmann, tan breve de contenido pero tan sustancioso.

JUAN MARÍA LECEA

N. M. WILDIERS, *La Iglesia en el mundo de mañana*, Salamanca, Ed. Sigueme, 1969. Traducción del francés por Luis Mellando. 171 pp.

La Introducción del autor nos ofrece ya una buena síntesis del libro, que describe en líneas generales una triple característica de la actualidad humana: 1. la Humanidad está pasando de una etapa cultural precientífica a otra en la que dominan las ciencias naturales y técnicas. 2. la Humanidad está evolucionando de una sociedad feudal a una sociedad cada vez más democrática. 3. esta sociedad ha pasado de una cultura particularísima y homogénea a una cultura universal dentro de una ideología pluralista.

Lás páginas del libro, divididas en tres Capítulos, ofrecen una síntesis de los temas aludidos y se hacen eco de los interrogantes que las cuestiones tratadas plantean hoy a la Iglesia. Un interrogante general se desglosa en preguntas particulares que exigen respuesta práctica. Son cuestiones que invitan una vez más a la Iglesia a crear un clima favorable a la ciencia; a promocionar una conciencia de armonía entre las realidades sobrenaturales del Dios Creador y Redentor y los esfuerzos de científicos y trabajadores; a mostrar la convergencia que existe entre ciencia y Fe.

El autor aprecia en lo que vale la transcendencia del Cristianismo cuando la relaciona con toda la fenomenología humana presente en la historia. Acentúa, sin embargo, en exceso los defectos humanos de la Iglesia, que no son valorados en su perspectiva histórica. Por otra parte, creo que no acierta a equilibrar la necesaria autonomía de la ciencia tal como la proclama la Const. *Gaudium et Spes*, con las exigencias históricas concretas del espíritu cristiano.

A. ARBELOA

HUGO RAHNER, *Humanismo y teología de Occidente*, Ed. Sigueme, Salamanca 1968, 336 pp. trad. de Diorki, sobre el original alemán "Abendland. Reden und Aufsätze", Herder Verlag, Freiburg Br., 1966.

Todo historiador siente alguna vez la necesidad de salir del marco de su especialización, para explicitar su visión de conjunto sobre la historia. A esa necesidad obedece este libro de Hugo Rahner. No estamos, sin embargo, ante una concepción desarrollada de una manera unitaria y analítica, sino ante esbozos y retazos. El libro en efecto recoge artículos y conferencias pronunciados en ocasiones diversas, y a